

Supervivencia y triunfo del refrán en las letras españolas al llegar la Edad Moderna

JESÚS CANTERA ORTIZ DE URBINA
Universidad Complutense de Madrid

A punto de acabar el siglo XV, en 1499, un año antes de la publicación de los *Adagia* de Erasmo, aparecía en España la famosa tragicomedia de *Calisto y Melibea*, generalmente conocida por *La Celestina*.

Desde el punto de vista que ahora nos ocupa, cabe decir que constituye, en cierto modo, una auténtica "glorificación humanística de lo popular".

Eleanor S. O'Kane, en su magnífica obra titulada *Refranes y frases proverbiales españolas de la Edad Media* (Madrid: Anejos del Boletín de la Real Academia Española, 1959) dice que en *La Celestina* hay 270 refranes. Por nuestra parte, tras un examen minucioso del texto, hemos recogido cerca de 400, concretamente 385.

El número naturalmente puede variar (aunque no tanto) según los criterios del recopilador, pues en algunos casos cabe dudar si es o no un refrán, si se trata o no de una sentencia. De todas maneras, sorprende su abundancia y ver cómo en no pocas ocasiones en esta obra se salta de un refrán a otro, lo mismo que ocurre con el Arcipreste de Talavera.

Para nosotros, los años finales del siglo XV anuncian el triunfo del refrán -y no sólo de las sentencias- en las letras españolas. Triunfo que se confirmará plenamente en los siglos XVI y XVII.

La Paremiología española debe mucho a *La Celestina* y debe también mucho a Juan Valdés, quien, en su *Diálogo de la lengua* (h. 1533) emplea una y otra vez el refrán como ejemplo y como confirmación del "buen uso" de la lengua. Y naturalmente debe también mucho a Cervantes, quien los emplea con gran habilidad y extraordinaria maestría. En el *Quijote*, los pone muchas veces en boca de Sancho y reiteradamente se lo reprende Don Quijote. Pero los refranes en el *Quijote* no sólo están en boca de Sancho, y también alguna vez en boca de su mujer y en boca, asimismo, de su hija Sanchica, es decir, en boca del pueblo. A pesar de sus reiteradas reconvenciones y de sus continuos reproches a Sancho "por el uso y abuso" que hace de los refranes, el mismo Don Quijote los emplea con mayor frecuencia de lo que uno se pudiera imaginar, y también lo hace el propio Cervantes en su narración. Lo mismo cuando los pone en boca de sus personajes como cuando simplemente narra, Cervantes es un maestro en el uso del refrán en una obra literaria.

Los repetidos reproches de Don Quijote a Sancho por el uso reiterativo de refranes no son sino aparentes en la pluma de Cervantes, a pesar de la dureza con que en algunas ocasiones le hace esos reproches.

Sin entrar ahora en este apasionante tema que por sí solo constituye motivo suficiente para un estudio monográfico, nos limitamos a recordar el siguiente pasaje del capítulo 43 de la segunda parte del *Quijote*.

¡O maldito seas de Dios, Sancho! dijo a esta sazón Don Quijote. Sesenta mil Satanases te lleven a ti y a tus refranes; una hora ha que los estás ensartando... Dime: ¿Dónde los hallas, ignorante; o cómo los aplicas, mentecato? Que para decir yo uno y aplicarlo bien, sudo y trabajo como si cavase.

-Por Dios, Señor nuestro amo -replicó Sancho-, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. ¿A qué diablo se pudre que yo me sirva de mi hacienda?, que ninguna otra tengo, sino refranes y más refranes.

Impresiona pensar toda la filosofía que se encierra en estos dos párrafos, así en el aparente reproche de Don Quijote como sobre todo en la muy inteligente réplica de Sancho.

Insistir en estas consideraciones acerca de lo que en Paremiología debemos a Juan de Valdés y a Cervantes requiere un artículo dedicado exclusivamente a ese tema. No renunciamos a redactarlo para una próxima ocasión. Pero no insistiremos ahora. Señalaremos, en cambio, que, mientras en España en los siglos XVI y XVII triunfó el refrán en la literatura, en Francia caen en desuso muchísimos refranes que eran de uso normal y corriente en el francés medieval así popular como literario. Y eso, a pesar de Rabelais, quien en el siglo XVI no sólo emplea muy hábilmente numerosos refranes del acervo cultural popular del medioevo, sino que también crea él mismo otros muchos. Y, a pesar también, más tarde, de La Fontaine y de algunos otros escritores de notable prestigio.

Y es que para los hombres del Renacimiento francés en el siglo XVI, y de manera especial para los humanistas, el refranero era algo demasiado popular, algo demasiado vulgar. La cultura auténtica -según ellos- había que buscarla en Roma y en Grecia, en los clásicos de la Edad Antigua. Sentencias y aforismos de los pensadores y escritores de la Antigüedad clásica ¡sí! Y ahí están, para demostrarlo, los *Adagia* de Erasmo. Dichos y refranes del pueblo llano del medioevo ¡no!

Los humanistas, además de insistir en la necesidad de "racionalizar" la Biblia, en especial el Antiguo Testamento, sostienen que se ha de volver a las fuentes de la cultura humanística. Era vital para ellos nutrirse con las sabias lecciones de Roma y de Grecia y beber en las fuentes mismas o los manantiales de sus más preclaros escritores, desechando lo que consideraban mediocridad del mundo medieval, para ellos inculto y oscurantista. El arte gótico era así llamado despectivamente por considerarlo nacido de los "bárbaros godos". La literatura medieval es sólo fruto de una loca fantasía. Y su lengua responde a una degeneración del latín en la boca y en la pluma de aquellos "hombres sin cultura de la Edad Media". Y, naturalmente, el refranero no pasa de ser para ellos sino un fiel reflejo de tanta vulgaridad y de una ignorancia supina. Así agonizan y desaparecen no pocos refranes vigentes en el francés medieval.

En España, en cambio, en buena parte de la literatura de nuestro Siglo de Oro se quiere estar cerca del pueblo. Nuestra literatura nace muchas veces del pueblo y sobre todo está escrita para el pueblo.

*

* *

*

Recordemos, por otra parte, que justo al iniciarse el siglo XVI, cuando apenas tenía 31 años, en el año 1500, publicó Erasmo sus *Adagia*. Esta obra ejerció realmente una considerable influencia en la Paremiología del siglo XVI, aunque no tanta como se ha pretendido.

Nuestros humanistas y los colectores de refranes en España en ese siglo coinciden en reconocer su deuda con Erasmo. De todas maneras, conviene poner las cosas en su punto y matizar la influencia del humanista holandés en nuestros paremiólogos del siglo XVI. Nada mejor para ello que leer lo que escribe Vallés en el prólogo de su *Libro de refranes*, aparecido en Zaragoza en 1549. Dice así:

Entre latinos ordenó refranes Erasmo. Empero la diferencia es que Erasmo escogió los en latín, de autores doctísimos, Griegos y Latinos, y declaró la origen de ellos. Yo los he copilado en romance tomando de acá y acullá.

Es decir, Erasmo los ofrecía en latín. Vallés, en romance. Erasmo los tomó de autores doctísimos, griegos y latinos. Vallés los fue "copilando tomándolos de acá y acullá". Fuentes, pues, completamente distintas. Y también las lenguas.

Erasmo, muy en consonancia con el humanismo que se estaba imponiendo, los tomó de autores doctísimos griegos y latinos y los ofrecía en latín que, con el griego (que, por cierto, él aún no conocía por entonces) y también de alguna manera con el hebreo, iban a constituir las lenguas sagradas para renacentistas y humanistas.

Vallés, en cambio, bebe en las fuentes del pueblo, así en las orales como en las escritas y presenta sus refranes en lengua romance. Así contribuye -también él- no sólo a la supervivencia, sino también al triunfo del refrán popular y no sólo de la sentencia, del adagio, del apotegma. Y, naturalmente, en lengua romance, en la lengua del pueblo, en "roman paladino, en el cual suele el pueblo favlar a su vezino", como tres siglos antes había escrito nuestro genial poeta riojano Gonzalo de Berceo.

*

* *

*

Casi un siglo posterior al *Diálogo de la lengua* (h. 1533) de Juan Valdés y al *Libro de los refranes* (1549) de Pedro Vallés es el famoso *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) de Gonzalo de Correas.

El maestro Gonzalo Correas, catedrático de griego y hebreo en la Universidad de Salamanca, había nacido en Jaraíz en 1571 y fue ordenado sacerdote el año 1600.

Destacado humanista, no tuvo reparo alguno en dedicarse a recoger refranes y locuciones, no sólo los que aparecen en textos literarios, sino también los del pueblo llano. Y así logró confeccionar ese magnífico refranero titulado *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana en que van todos los impresos antes y otra gran copia que juntó el maestro Gonzalo Correas, catedrático de Griego y Hebreo de la Universidad de Salamanca*.

Conviene destacar por un lado que en él se recogen, o se pretenden recoger, "todos los impresos antes", y por otro también esa "gran copia que juntó el maestro Gonzalo Correas".

A la natural pregunta de cómo los juntó el maestro Gonzalo Correas responde cumplidamente una carta de Bartolomé José Gallardo escrita hacia 1830 y dada a conocer por Rodríguez-Moñino en su libro *Don Bartolomé José Gallardo (1716-1852). Estudio bibliográfico* (Madrid: Sancho, 1955). Dice así:

[...] es fama en Salamanca que ya en sus últimos años tenía la humorada de hazerse poner los días de mercado un sillón a la cabeza del puente, junto al famoso *Toro*, compañero de los *Toros de Guisando*; ¡ al charro que le decía un refrán que él no tuviese en su Colección le daba un cuarto por cada uno.

El origen o procedencia popular de muchos de los refranes del *Vocabulario* de Correas no puede ser más evidente y manifiesto: son de origen popular. E insistimos en el hecho de que esos refranes de origen o procedencia popular fueron recogidos por un catedrático de griego y hebreo de la prestigiosa Universidad de Salamanca a principios del siglo XVII. Así se sabía compaginar en la España de los siglos XVI y XVII el cultivo de las lenguas clásicas con el interés por la Paremiología popular.

Hacia 1533 había aparecido el *Diálogo de la lengua*. En esta obra, escrita en forma de diálogo entre varios personajes, su autor, Juan de Valdés, trata de justificar y explicar las normas para "el buen uso" de la lengua castellana así al hablarla como al escribirla. Y, en cierto modo, toma como modelos el *Amadís de Gaula* y, sobre todo, el refranero.

En los prolegómenos que sobre cuestiones de lengua castellana simula Valdés haberse entablado, Pacheco propone a Valdés la posibilidad y conveniencia de recurrir a la autoridad de Antonio de Lebrija "para la ortografía y para los vocablos" y a la autoridad del libro de *Amadís de Gaula* para el estilo. Pero Valdés no se muestra de acuerdo con esa autoridad atribuida a Nebrija, pues, sin negarle que era "muy docto en lengua latina", le achaca ser andaluz y no castellano (inconveniente, según él, para tratar de cuestiones de la lengua castellana) y dice además que escribió su vocabulario "con tan poco cuidado que parece averlo escrito por burla". Y, por si todo eso fuera poco, también le achaca que "no tuvo intento a poner todos los vocablos españoles, como fuera razón que hiziera, sino solamente aquellos para los cuales hallava vocablos latinos o griegos que los declarassen". En cuanto a la autoridad del libro de *Amadís de Gaula*, en cambio, sí parece aceptarla sin mayor reserva.

Los refranes, por otra parte, son tomados una y otra vez como modelo del recto uso de las normas gramaticales y de las ortográficas y, también, de las léxicas. Este proceder de Juan de Valdés constituye, en cierto modo, un precedente de lo que en francés se llamaría "le bon usage". Pero con una diferencia muy digna de ser tenida en cuenta. Los gramáticos franceses que han hablado del "bon usage" como norma para el uso correcto de la lengua, se han basado en el empleo que de ella hacen o han hecho los "escritores de reconocida solvencia", los escritores con nombre y fama, es decir, los escritores consagrados como modelo del "bien escribir". Valdés, en cambio, se basa en la lengua del pueblo, tal como la encuentra en forma en cierto modo estereotipada en los refranes.

Sea quien sea su autor real, el refrán es del pueblo y pertenece al pueblo. El pueblo, si realmente en muchos casos no es su creador o su autor, es como si lo fuera. El pueblo hace suyo el refrán, lo asimila y lo transmite de boca en boca, de generación en generación. Y lo expresa en su lengua familiar, e incluso a veces en su lengua popular.

Gracias a nuestros grandes escritores de los siglos XVI y XVII triunfa la lengua del pueblo como modelo del "buen hablar" y, además, es adoptada para el "buen escribir". De nuevo el triunfo del pueblo llano en España frente a las pretensiones en exceso ambiciosas de algunos humanistas. Y también triunfa el habla del pueblo gracias a la aguda perspicacia de algunos de nuestros gramáticos, mereciendo destacarse, entre todos, Juan de Valdés con su *Diálogo de la lengua*.

En un precioso diálogo entre Marcio, Pacheco, Coriolano y naturalmente el propio Valdés, se puede apreciar muy bien en las intervenciones de Pacheco y de Valdés el papel que éste concede al refrán para el conocimiento de la lengua. Vale la pena transcribirlo. Dice así:

Marcio: Ora, sus, no perdamos tiempo en esto. Si no tenéis libros en castellano, con cuya autoridad nos podáis satisfazer a lo que de vuestras cartas os preguntaremos, a lo menos satisfazednos con las razones que os mueven a escribir algunas cosas de otra manera que los otros, porque puede ser que éstas sean tales que valgan tanto quanto pudiera valer el autoridad de los libros, quanto más que, a mi parecer, para muchas cosas os podréis servir del quaderno de refranes castellanos que me dezís cogistes entre amigos, estando en Roma, por ruego de ciertos gentiles hombres paganos.

Pachecho: Muy bien avéis dicho, porque en aquellos refranes se ve mucho bien la puridad de la lengua castellana.

Marcio insinúa a Valdés que para muchas cosas cabría servirse del "Quaderno de refranes castellanos" que -según él le dice- ha cogido "entre amigos estando en Roma". Y le parece acertado a Pacheco "porque en aquellos refranes se ve mucho bien la puridad de la lengua castellana".

Esta afirmación que acaba de hacer Pacheco es de extraordinaria importancia para la tesis que aquí propugnamos de la supervivencia y el triunfo del refrán en España en el paso de la Edad Media a la Edad Moderna.

Pasamos por alto la pregunta de Coriolano de "qué cosa son los refranes" así como la respuesta de Valdés: "Son proverbios y adagios". Asimismo, prescindimos de la pregunta -por otra parte de sumo interés- acerca de si dispone de "libro impresso dellos" y de la respuesta que le da. Pero si nos fijamos, en cambio, en la muy significativa respuestas que da Valdés a la pregunta de Coriolano sobre si esos refranes castellanos "son como los latinos y griegos". La problemática sobre la relación entre nuestro refranero y los *Adagia* de Erasmo está aquí evidentemente presente. Fijémonos muy bien en la diferencia que marca Valdés: "los castellanos son tomados de dichos vulgares", añadiendo: "los más dellos nacidos y criados entre viejas tras el fuego, hilando ruecas. Los griegos y latinos [...] son nacidos entre personas doctas y están en libros de mucha doctrina". Carácter popular de nuestro refranero. Carácter culto y docto de los griegos y latinos. E insiste Valdés afirmando que "para considerar la propiedad de la lengua castellana, lo mejor que los refranes tienen es ser nacidos en el vulgo".

Otra diferencia aparece a continuación en boca de Pacheco: la lengua; pues, mientras Erasmo emplea para sus *Adagia* la lengua latina, aquí se emplea la lengua castellana. Y concluye diciendo que, "alegando todos los refranes nuestros, haría un señalado servicio a la lengua castellana".

Doble diferencia, pues, así en el *Diálogo de la lengua* de Juan Valdés como en el *Libro de refranes* de Pedro Vallés entre los *Adagia* de Erasmo y nuestro refranero:

a. Carácter popular de los refranes castellanos, frente al carácter culto y docto de los latinos y griegos.

b. Lengua castellana la de nuestros refranes, frente a la lengua latina de los *Adagia* de Erasmo.

Vale la pena ver cómo justifica Valdés las normas que han de regir nuestra gramática y nuestra ortografía y también nuestro léxico, basándose una y otra vez en el refranero. E incluso cómo explica la no coincidencia a veces entre el habla correcta en su tiempo y la expresada por un refrán antiguo: la natural evolución de la lengua ha dejado en desuso un vocablo en otro tiempo de uso normal.

Al correcto uso del artículo se dedican varias páginas de no poco interés en este *Diálogo de la lengua*. En cuanto al artículo determinado singular de los nombres femeninos escribe: "'la' ponemos a todos sacando aquellos que comienzan en 'a', así como 'arca', 'ama' 'ala', con los cuales juntamos 'el', diciendo 'el arca', 'el ama', 'el ala'. Esto hacemos -prosigue- por evitar el mal sonido que hazen dos aes juntas, y de verdad parece mejor dezir: *El mal del milano, el ala quebrada y el papo sano*".

También el problema del artículo contracto merece su atención. Y también en este caso, será de nuevo un refrán, como en los demás casos, el que sirva de ejemplo o de justificación. Dice así: "De la misma manera en el dativo y acusativo ponemos sobre el artículo del nominativo una 'a', sino que el masculino perdemos la 'e', diciendo: *Dixo el asno al mulo: harre allá, orejudo*". E insiste: "En el femenino, no se pierde nada, porque dezimos: *Dixo la sartén a la caldera: tira allá culinegra*".

De esta suerte, una y otra vez, la confirmación de lo que considera norma correcta de la lengua es el refrán. El refrán es el modelo del bien expresarse en lengua castellana.

A la pregunta de Marcio de por qué se escribe 'a' unas veces con 'h' y otras sin ella, Valdés le contesta muy bien diciendo: "Por hazer diferencia de quando es verbo e quando es preposición". Pero no se conforma con decir la norma, sino que ofrece varios ejemplos. Y esos ejemplos son todos ellos (¡los siete!) otros tantos refranes. Veamos cómo se expresa Valdés:

Y así, siempre que es verbo la escribo con 'h' y digo: *Quién ha buen vezino, ha buen maltino*, y también: *Quién assnos ha perdido, cencerros se le antojan*, y quando es preposición, escrivola sin 'h', diciendo: *A buen callar llaman Sancho*, y también: *A carne de lobo, salsa de perro*, y: *A perro viejo no cuzcuz*. Pero muy mejor veréis la diferencia que ay en el escribir 'a' sin 'h' o con ella en este refrán: *Quién lengua ha, a Roma va*; y para que veáis mejor lo que importa escribir 'a' con aspiración o sin ella, miras este refrán que dize:

Quien no aventura no gana, el qual algunos no entienden por hallar escrita la primera 'a' del 'aventura' con aspiración, porque piensan ser razón que quiere dezir: quien no tiene ventura no gana, en lo qual ya vosotros véis el engaño que reciben.

Añadamos por nuestra cuenta que un agudo observador escribió al margen una muy acertada nota que, refiriéndose a ese refrán *Quien no aventura no gana*, dice que mejor sería, tal como otros lo usan: *Quien no aventura, no ha ventura*.

Insiste Marcio un poco más adelante en sus investigaciones y pregunta a Valdés por qué en sus cartas, en algunos vocablos, unas veces pone una 'a' al principio y otras no, "diziendo 'cevadado' y 'acevadado', 'sentado' y 'asentado', 'donde' y 'adonde', 'llegado' y 'allegado', 'ruga' y 'arruga', 'vezado' y 'avezado', 'basta' y 'abasta', etc. Y Valdés le responde diciendo:

Si avéis bien mirado en ello, hallaréis que pongo 'a' quando el vocablo que precede acaba en consonante, y no la pongo quando acaba en vocal, y assí, escribiendo este refrán, pongo: *Huz lo que tu amo te munda, y siéntate con él a la mesa*, y no 'asiéntate', como también en éste: *El abad, de donde canta, de allí yanta*, y no 'de adonde'; pero si no precede vocal, veréis que siempre pongo la 'a', como aquí: *¿Adónde irá el buey que no are?*, y aquí: *Allégate a los buenos y serás uno dellos*.

Al hablar de la ortografía con 'h' inicial de muchas palabras de la lengua castellana recuerda que ya por dos veces ha dicho que:

[...] casi en todos los vocablos que tiene latinos, si comiençan en 'efe', convierten la 'f' en 'h', diziendo por 'ferrum', 'hierro', quando significa metal, como en este refrán: *A fuerça de villano, hierro en medio*, y en éste: *Cargado de hierro, cargado de miedo*. Pero advertid que, quando tomamos este vocablo que signifique 'error', no lo escribimos con 'h', como aquí: *Quien yerra y s'enmienda, a Dios se encomienda*; y notad que la 'y' ha de ser griega, porque es consonante. también dezimos por 'fava', 'hava': *Da Dios havas a quien no tiene quixadas*. Y aun la 'g' latina convertimos algunas vezes en 'h', diziendo 'hermano' por 'germano': *Medio hermano, remiendo de mal paño*.

Para Valdés, evidentemente, el refrán constituye la mejor norma del "buen uso" de la lengua castellana. Y eso no sólo desde el punto de vista gramatical sino también desde el punto de vista del léxico e incluso para la ortografía, como acabamos de ver.

Vale la pena ver algún ejemplo de cómo Valdés se basa en los refranes para explicar algunos vocablos. Así, por ejemplo, para 'arriscar' y para 'aprisca' emplea el refrán *Quien no arrisca, no aprisca*. Y para 'aventurar' el que dice: *Quien no aventura, no gana*. Y para 'artero': *A escaso señor, artero servidor*, y también: *De los escarmentados se levantan los arteros*. Y para 'arregostar': *Arregostóse la vieja a los bredos y ni dexó verdes ni secos*.

Para justificar que 'aleve', 'alevoso' y 'alevosía' le parecen "vocablos gentiles", maravillándose que en su tiempo ya se usaran poco, le dice a Marcio que, en efecto, antiguamente se usaban mucho y añade: "si os acordáis lo avréis leído en algunos libros, y un refrán dize: *A un traidor, dos alevosos*".

Desde el punto de vista del léxico, también le sirve el refrán para hablar de términos ya caídos en desuso en su tiempo. Y así escribe: "'Atender' por 'esperar' ya no se dize; deziase en tiempo passado, como parece por este refrán: *Quien tiempo y tiempo atiende, tiempo viene que se arrepiente*".

Hablando de 'buelto' escribe: "No digo 'buelto', pudiendo dezir 'turbio', puesto caso que el refrán diga: *A río buolto, ganancia de pescadores*. Y añade luego: "Tampoco digo 'barajar', pudiendo dezir 'contender'; deziase bien antiguamente, como parece por el refrán que dize: *Quando uno no quiere, dos se barajan*. Y habla más adelante de 'cobijar'; y escribe: "Mejor vocablo es 'cobrir' que 'cobijar', aunque el refrán diga: *Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*. Y así podríamos seguir aportando ejemplo tras ejemplo de refranes empleados por Juan de Valdés en su *Diálogo de la lengua*. Sólomente recordaremos que para hablar de los

antiguos significados del verbo 'catar' aporta estos tres refranes: *Al buey viejo no le cates abrigo; Haz bien y no cates a quien; Barva a barva, vergüenza se cata.*

*

* *

*

Del interés por el refrán en la España del siglo XVI son buen testimonio los numerosos refraneros de los que tenemos noticia que fueron elaborados en ese siglo.

1. los *Refranes famosísimos y provechosos glosados*. Burgos, 1509. [Probablemente eran conocidos ya en 1490].
2. el *Teatro universal de proverbios y adagios o comunmente llamados refranes vulgares, que más ordinariamente se usan en nuestra España. Nuevamente copilados y glosados por el licenciado Sebastián de Horozco*.
3. el *Refranero* (1527-1547) de Francisco de Espinosa, publicado por Eleanor O'Kane. Anejos del Boletín de la Real Academia Española, XVIII, 255 págs. En él se recogen los que aparecen unas veces en notas marginales y otras a manera de apéndice en las cuatro obras de este jurista.
 - a. *Escrituras*. ms. 142 de la Bibl. Acad. Hist.
 - b. *Pedimento de Hidalguía*. ms. 18714 de la Bibl. Nac.
 - c. *Dictámenes*. ms. 10353 de la Bibl. Nac.
 - d. *Tractatus de jure primogeniturae*. ms. 1963 de Bibl. de la Univ. de Salamanca.
4. los *Adagios y fábulas* de Fernando de Arce. 1533.
5. el *Libro de refranes publicados por orden del a.b.c.*, de Pedro Vallés. Zaragoza. 1549.
6. los *Refranes o proverbios* de Hernán Núñez, el Comendador. 1555.
7. los *Refranes* del médico cordobés Francisco del Rosal. ms. 1560 de la Real Academia Española.

Hay también noticia de:

8. unos *proverbios vulgares* de J. Espinosa,
9. un *Cuaderno de refranes castellanos* de J. de Valdés.

No olvidemos tampoco las *Cartas en refranes* de Blasco de Garay (1545).

Cabe recordar que en 1964 fue publicada en San Sebastián, en dos volúmenes, la obra *Los refranes y sentencias de 1596* por J. Urquijo e Ibarra, en la que figuran los 63 refranes en vascuence de E. Garibay y Zamalloa.

Aunque a veces nuestros recolectores de refranes en la España del siglo XVI dicen reconocer su deuda respecto a Erasmo y sus *Adagia*, lo cierto es que -como ya hemos indicado- ellos no renuncian en modo alguno a recoger el refrán consagrado por el pueblo, fuese cual fuese su origen, a diferencia de Erasmo que los toma de los escritores de la Antigüedad clásica y, además, lo hace

con no poco esfuerzo y arduo trabajo como él mismo reconoce al escribir *durum est chiliades scribere*.

Del interés por el refrán en los siglos XVI y XVII son buena prueba los refraneros que se elaboran en esos siglos. Acabamos de reseñar los más conocidos del siglo XVI. Recordemos ahora algunos del siglo XVII.

1. la *Razón y declaración de algunos refranes y fórmulas que dicen hispanismos* que figura en uno de los manuscritos de su obra *Origen y etimología de todos los vocablos de la lengua castellana* de Francisco del Rosal. 1601.
2. los *Refranes y proverbios españoles* de César Oudin. 1608. Publicados en Lyon en 1614.
3. los *Refranes* de Francisco Moreno. 1621. ms. 148 de la Real Academia Española.
4. el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales...* de Gonzalo Correas. 1627.
5. los *Refranes y modos de hablar castellanos y latinos que les corresponden* de G.M. Caro y Cejudo. Madrid. 1675.

También procede recordar el *Entremés de los refranes*, que algunos han atribuido a Cervantes.

*
* *
*

De esta suerte, gracias no sólo a los beneméritos recopiladores de nuestro refranero durante los siglos XVI y XVII, entre ellos el maestro Gonzalo Correas, sino también y muy principalmente gracias a la *Celestina* y a Cervantes y al *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, pervive y triunfa el refrán en España en el paso de la Edad Media a la Moderna.